CAPÍTULO V

La familia. — Respeto filial. — Matrimonio. — Ley sobre la poligamia. — Repudio. — Pureza de costumbres. — Ritos funerarios. — Incineración. — Vasos cinerarios. — La mujer. — Hilados — Tejidos. — Esteras. — Trajes y tocados. —Educación del hombre. — Entrega de las armas. — Juegos. — El patoli. — El palo. — La pelota. — Cacerías. — Alimentación en los montes. — Armas. — El arco y la flecha. — La lanza. — La macana. — El chimalli ó escudo. — Traje guerrero. — Táctica. — Lucha defensiva. — Asaltos. — Albazos. — Emboscadas.— Marcha organizada. — Formación en batalla. — Guerra de exterminio.— Cabelleras y calaveras.— Danza de la victoria.— Agricultura.— Frutos. — El maguey. — Alimentos. — Bebidas. — Embriaguez. — Tabaco. — Industria. — Alfarería. — Trabajos en piedra. — Falta de trabajos en cobre. — Carpintería. — Minería. — Comercio. — Cargas. — Pueblos marítimos. — Pesquerías. — Salinas. — Navegación.

Ya hemos visto cómo estaba constituída la familia nahoa, y cómo el hogar común de las casas grandes establecía en ellas para el jefe una especie de patriarcado. Notable fué entre los nahoas el pudor de las doncellas y su respeto filial. Andaban con el cuerpo cubierto, y en algunas partes usaban pendiente del cuello una concha, como señal de su estado. No se la quitaban nunca, hasta el día de su matrimonio que se la entregaban al marido. Los padres concertaban el enlace, y habría causado un gran escándalo una hija desobediente en esta materia. No había ceremonias especiales para la celebración del matrimonio: los padres disponían un baile, y en esa fiesta entregaban su hija al marido, y con solo el hecho de tomarse ahí las manos quedaban casados, permaneciendo en la misma casa grande, si á ella pertenecían, ó yéndose á aquella de que era el marido. También conocían el matrimonio de futuro, ajustado aún en muy tierna edad, y durante la espera no se trataban los prometidos. La intervención sacerdotal se reducía á fijar el día cuyo signo fuera favorable para la celebración del enlace. Entre los habitadores de la región del Xila se encontró una costumbre especial para la celebración del matrimonio. Tenía lugar siempre en el baile; pero se colocaba á los que se iban á casar, los hombres de un lado y las mujeres del otro, y á una señal corrían éstas y aquéllos las habían de alcanzar tomando cada uno á la suya por la tetilla izquierda, con lo que el matrimonio quedaba hecho.

Los nahoas, como ya se ha dicho, practicaban la poligamia; pero por una ley sabia, el matrimonio estaba obligado á cultivar un nuevo campo por cada nueva mujer que tomase. De este modo se limitaba prudentemente el abuso, y daba el resultado de que solamente los señores principales podían ser polígamos. La generalidad de los hombres quedaban así obligados á no tener más de una mujer; no les era permitido echarse un peso superior á sus fuerzas, y limitada la familia, no estaba expuesta á la miseria, porque el trabajo y la riqueza del padre estaban en proporción de las necesidades de aquélla. Así se comprende el que los misioneros hayan encontrado la poligamia en la región tlapalteca; pero adviertan que la practicaban sólo los principales de los pueblos.

La mujer que no llegaba pura al matrimonio era repudiada con ignominia, y por regla general era admitido el repudio libre por parte del marido, sin que sepamos las circunstancias que acaso se necesitaban para separar á la mujer del hogar común.

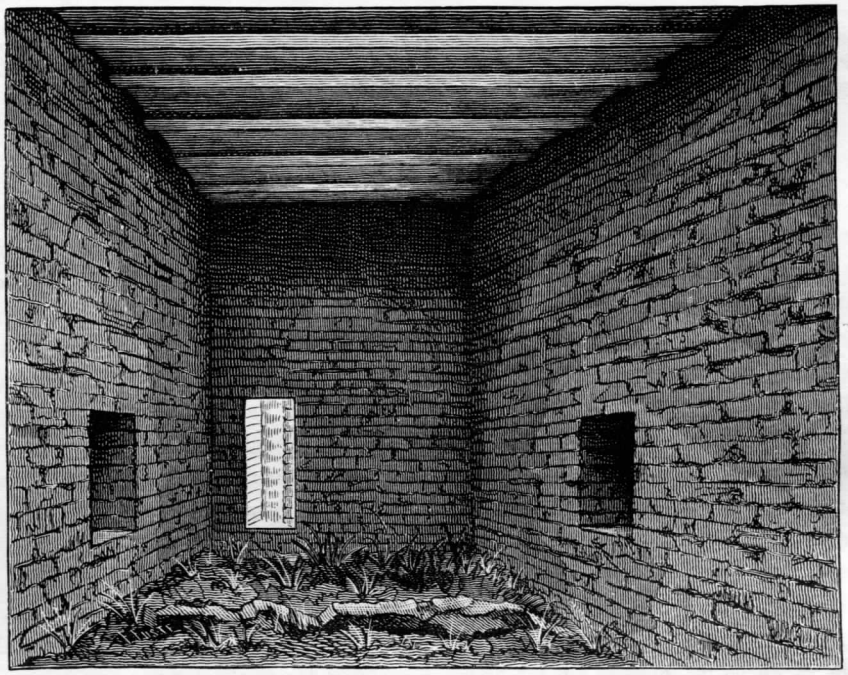
En este caso los hijos escogían á quien querían seguir, si al padre ó á la madre.

Encontramos en los nahoas el respeto á la mujer, pues cuenta un misionero que era de ver con qué seguridad caminaban mujeres solas y doncellas por el campo y por los caminos sin que nadie las ofendiese; y agrega candorosamente que acaso no lo pudieran hacer con tanta seguridad en algunas tierras de cristianos.

Esta pureza de costumbres se conocía también en que en el hablar eran moderados y no se les oían juramentos ni blasfemias; en que jamás andaban en riñas ni celebraban tratos ilícitos ni injustos; ni había entre ellos fraudes ó engaños, ni hurtos y latrocinios. Tales hábitos sorprenden y parecerían increibles si no los atestiguaran los misioneros jesuitas, cuya veracidad y perspicacia podemos sostener. Pintanlos dedicados principalmente á hacer sus sementeras y ayudar en las de

los señores, en lo cual se descubre cierto derecho tributario nacido sin duda del régimen patriarcal.

Más que á la religión, á la familia también pertenecían los ritos funerarios, y podemos decir que la raza nahoa practicaba por regla general la incineración. Veamos lo que á este respecto nos dicen las costumbres encontradas en las diversas tribus. Los indios del Xila quemaban sus cadáveres, y el modo de celebrar el funeral era dar tres gemidos y tocar el hombro de los convidados. En la región de California se quemaban también los cadáveres, pero no los cráneos. Si la cremación era la costumbre general, ya se ha dicho que las víctimas propicias á *Tlaloc* eran enterradas. Aun cuando manifestaban un loco placer con las tempestades, al herido de rayo no le permitían volver á la casa, sino que le llevaban los alimentos al lugar en que había caído. Si moría, dejaban el cadáver en el mismo sitio por tres días, pues creían que su espíritu andaba espantado y revoloteando al rededor del cuerpo. Pasados los tres días lo enterraban cerca de un árbol, con sus armas y trajes más ricos, y con él sus perros, poniéndole en el sepulcro agua y alimentos. Una de las costumbres funerarias que encontraron los misioneros, y que con justo motivo por singular llamó su atención, consistía en que cuando moría el marido ó la mujer cogían al viudo ó á la viuda y cubriéndole el rostro con una manta, luego que celebraban los funerales del difunto, lo llevaban con gran prisa al río y allí lo zambullían tres veces con el



Interior de una habitación nahoa

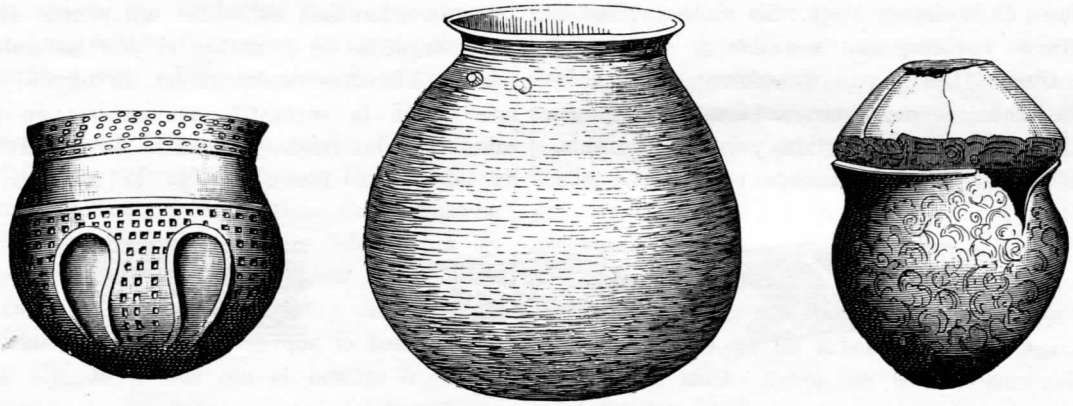
rostro hacia el oriente, repitiendo tres días la ceremonia. Después lo ponían en una casa cerrada por todas partes durante ocho días, y no había de comer carne ni pescado, sino *pinole* ó *izquitle*, y no le había de ver ninguno de sus parientes. Se ha creído por respetables escritores, que según el adelanto de la civilización hubo modificaciones en las costumbres funerarias: nosotros pensamos que la diversidad de prácticas depende de la diversidad de razas. Todavía en las exploraciones modernas se ha encontrado la cremación en uso entre las tribus que habitan las vertientes occidentales de las montañas Rocallosas, es decir, parte de la región del antiguo Chicomoztoc. Los indios de California, ó sea del país tolteca, tenían una curiosa tradición: la luna y el coyote crearon todo lo que existe; la luna era buena y el coyote malo: la luna quería que al morir los hombres volvieran á la tierra, como ella lo hace por dos ó tres días cuando muere; pero el coyote se opuso, y mandó que se quemaran los cadáveres, y prevaleció esta costumbre. La leyenda es aquí también un recuerdo de la invasión de la raza nahoa que impuso sus ritos. La cremación se usaba igualmente entre los tolkotius del Oregón: verificábanla colocando el cadáver sobre una pira de maderas á que se prendía fuego; invitaban en los nueve días siguientes á la muerte á sus parientes y amigos para que presenciasen la ceremonia, y durante ese tiempo la esposa debía permanecer al lado del cuerpo de su marido, no llorosa y afligida, sino con la sonrisa en los labios. Quemábanse con el cuerpo las armas y trajes del difunto, y después se recogían sus cenizas para guardarlas en la urna cineraria. Los indios senels de California queman también los cadáveres; creen en el viaje de los muertos, por lo que les ponen pinole, que es una harina de maíz, y dicen que los hombres malos se

convierten en coyotes, animal semejante á la zorra. Durante la cremación bailan al rededor entonando un canto cuyo refrán dice:

Hel-lel-li-ly,
Hel-lel-lo,
Hel-lel-lu.

Largo sería citar las demás tribus de la región nahoa: transcurridos catorce siglos desde que desapareció la civilización de aquellas regiones, se ha encontrado, sin embargo, persistente la costumbre de quemar los cadáveres en la mayor parte de las tribus; y así podemos decir que la raza nahoa usaba como rito propio la incineración.

No nos parece oportuno considerar las modificaciones de esta costumbre por la invasión y mezcla de razas diferentes. Y solamente agregaremos que las cenizas se depositaban en urnas cinerarias de la forma de *cómitl*, olla. Parece que estas urnas se enterraban después. En los Estados Unidos se han encontrado cementerios de ollas con huesos: esto ha hecho suponer que algunas tribus dividían los cadáveres; es más fácil creer que son

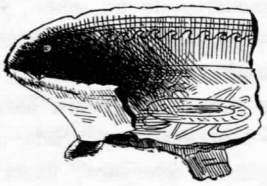


Urnas cinerarias

restos de una cremación imperfecta. En la región tolteca, donde no se quemaban los cráneos, se hallaron éstos en ollas de boca estrecha que hace suponer que fueron hechas sobre las mismas cabezas. Generalmente las ollas cinerarias son de barro, sin asas, y á veces con una ornamentación sobrepuesta, especialmente en la boca.

En algunas tribus el luto consistía en cortarse el cabello.

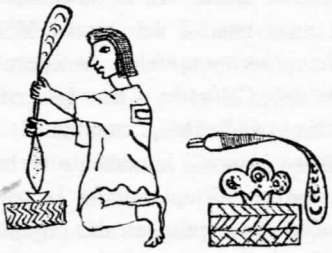
Continuando en nuestro estudio sobre la familia, veamos la educación y la vida de la mujer. Establecido



Molcajete

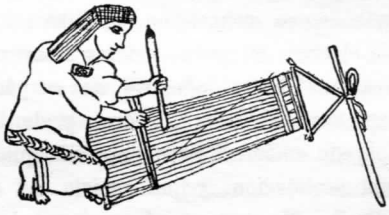
el principio de la poligamia, la mujer nahoa no tenía más misión que procrear hijos y atender á las necesidades domésticas. Encerrada en su pieza aislada de la casa grande, y reuniéndose solamente en la estufa para comer ó practicar sus ritos, y raras veces en el patio para las danzas y fiestas, se le enseñaba desde niña á preparar el alimento, á hilar el algodón y á tejer lienzos para los trajes y esteras para las habitaciones. Recordemos que en el mito de la creación se mandó á la mujer que tejiese é hilase. En las ruinas se han encontrado algunos aparatos para tejer.

Usaban para preparar los alimentos y moler el maíz,



Mujer hilando

á fin de hacer la harina, de un mortero, *molcáxitl*, molcajete, instrumento cóncavo, de piedra dura ó barro cocido, apoyado en tres piés. De esta harina hacían el



Mujer tejiendo

pinole, polvo que les servía de pan. Hilaban el algodón y lo tejían así como el *iztli* ó fibra del maguey. No se ha encontrado en aquella región el *malácatl;* así

es que no sabemos qué clase de huso tenían; pero usaban un telar semejante al que todavía tienen en algunos pueblos de indios, y consiste en tender los hilos de dos palos cruzados é ir formando la trama con el *chochopaxtli* por medio de golpecitos. Hacían también esteras de juncos, dándoles primorosos labores de grecas, que embellecían con colores vivos y bien combinados.

Estos trabajos de la mujer nahoa nos traen naturalmente á indagar los trajes y tocados que usaban. En las tribus que encontraron los españoles, ya muy degeneradas, generalmente los hombres no usaban vestido, pero las mujeres siempre recataban su cuerpo, aun cuando fuese de la cintura abajo. Sin embargo, encontraron tribus vestidas, que nos dan á conocer los antiguos trajes. Los pimas ú *ootoma*, que es su verdadero nombre en su lengua, andaban decentemente vestidos de pieles muy bien curtidas y excelentes mantas de algodón, pintadas de encarnado y amarillo. Aquí encontramos una nueva industria: la curtiduría de pieles. Vestíanse, pues, los hombres con túnicas hasta la rodilla, de pieles ó algodón, y usaban mantas. Las mujeres usaban la camisa ó *huipil* de algodón, y lo mismo la enagua ó *cuéyetl* que les bajaba hasta el tobillo. Hacían sus tejidos y trajes de labores diversas y de diferentes colores, usando las grecas y otros adornos muy vistosos. También se han encontrado mantas, bandas y vestidos de un *ixtli* finísimo, que difiere del hilo que dan el maguey común y la lechuguilla.

Hombres y mujeres usaban el cabello largo; los primeros adornaban su cabeza con plumas de colores, y las segundas se trenzaban el pelo haciendo con las trenzas diferentes combinaciones de tocado; siendo el más común la *malácatl*, que consiste en rodear la cabeza con las trenzas, atándolas en la parte superior de la frente. Por adorno ya se ha dicho que los

Dibujos de esteras

hombres usaban canutillos en el taladro de la nariz. Las mujeres usaban collares, ya de las bellísimas conchas azules de abulón, ya de caracoles, piedrecillas y turquesas. Aquí es ocasión de manifestar que el verdadero *chalchihuitl*, nombre que después se extendió á todas las piedras finas, era la turquesa. Extraían las turquesas de unos montes del Nuevo México, llamados ahora *Los Berrillos*, y también se encontraban en las inmediaciones del Colorado. En las ruinas se han hallado también pendientes, cuentas de collar y un amuleto de piedra blanca. Igualmente se han encontrado turquesas y muchos ejemplares de la concha *Olivella biplicata*, á las que quitaban las agujas para hacer collares. Se ha hallado también un anillo de piedra. Podemos, pues, decir que los nahoas alcanzaron cierto adelanto en el traje y en el adorno de su persona; pero observemos que no se encuentran en ellos huellas del *maxtli*, que era la faja ó cinta que les caía de la cintura por delante hasta la altura de las rodillas.

Los nahoas no conocieron la educación pública: adiestrábase el niño del pobre en las labores del campo ó en los trabajos de la industria de su padre; el del guerrero aprendía el uso del arco y de la macana. Encontramos, sin embargo, una ceremonia que los misioneros llaman prohijación, y que semeja las costumbres de la caballería. Para armar á un joven le daban un arco, y el que lo recibía debía salir luego á estrenarlo con algún hecho particular, ordinariamente el de matar un tigre ó cualquiera otra de las fieras que en aquella región abundan. Los ópatas, además, dirigían ceremoniosas exhortaciones al neófito y lo sujetaban á una prueba dolorosa. El padrino le pasaba por el cuerpo desnudo una garra de águila con tal fuerza que las uñas le hacían sangre. La menor muestra de dolor del ahijado era bastante para que no se le recibiese guerrero. El último recibido tenía que velar el campo en la noche sin que se le permitiese acercarse á la lumbre ni en el rigor de los fríos. Para que pudiese tomar parte en los juegos se introducía al joven un palo hasta la garganta y con esta ceremonia adquiría el derecho de jugar al *patoli*, en el cual pasaban los días enteros de sol á sol. Corresponde este juego al de los naipes ó dados, y en lugar de ellos usan cuatro cañitas cortas rayadas, menores de un geme, y en ellas tienen unas figurillas ó puntos que dan la ganancia ó pérdida. El modo de jugarlas es, porque todavía lo usan algunas tribus, arrojarlas sobre una piedra para que salten y caigan los puntos á la ventura, y cada uno va rayando en la tierra los puntos que saca, hasta que se llega al número de la apuesta, ganando el que los ha alcanzado primero. Las apuestas generalmente eran de sartas de cuentas ó de conchas, y entre los de la casta guerrera de arcos y de flechas.

Tenían otro juego llamado del *palo*, y que les servía de ejercicio para la guerra. Juntábanse para él doscientos indios ó más, y para él se desafiaban pueblos enteros. Dividíanse los contendientes en dos bandos; cada uno llevaba su palillo redondo y grueso, de madera pesada, de un geme de largo y cavado en medio, de suerte que caído en tierra pueda entrar debajo de él

la punta del pié descalzo, como lo tenían para botarlo. Los dos bandos arrojaban á un tiempo su palillo en tierra, y desde el punto en que salían los empezaban á botar con el pié, pues es ley del juego que no se ha de tocar el palo con la mano. Se podían ayudar de una varilla para colocárselo sobre el empeine, y mientras uno lo cogía para arrojarlo, los otros compañeros se adelantaban adonde debía caer para proseguir con los botes al término señalado. De ahí volvían botando el palo al lugar de donde salieron, y la cuadrilla que tornaba primero al punto de partida ganaba la apuesta. Recorrían en este juego largas distancias de tres ó más leguas, con lo que se hacían muy ligeros para las guerras. Al terminarlo estaban los contendientes sudando mucho, y para refrescarse acostumbraban arrojarse al río.

Usaron también el juego de la pelota: era ésta de hule, muy grande y fuerte. Jugaban en una plaza limpia, barrida y llana, llamada *batei*. Colocábanse en dos cuadrillas, de ocho á diez hombres cada una, á los dos extremos de la plaza y se estaban arrojando la pelota de cuadrilla á cuadrilla. Era ley del juego no tocar la pelota con la mano, y el que lo hacía perdía raya, pues sólo se botaba con el hombro ó con el cuadril desnudo. La aventaban así con tal fuerza que muchas veces no la podían alcanzar los contrarios; otras, cuando la pelota iba saltando por el suelo, se tendían y arrastraban con gran ligereza para botarla con el cuadril. Cuando lograban arrojarla fuera del término de la cuadrilla contraria, de modo que ésta ya no podía devolverla, el juego estaba ganado. Entonces los contendientes, acalorados y sudando, se arrojaban al río.

De esta manera los nahoas unían á sus juegos la higiene, el desarrollo del cuerpo por ejercicios gimnásticos, y los convertían en instrucción de la juventud para prepararse á los trabajos de la guerra. A igual fin encaminaban una de sus distracciones favoritas: las cacerías.

Debemos distinguir las cacerías particulares, en que iba un indio por entretenimiento ó para buscar carne con que alimentarse ó pieles, pues los nahoas no tenían ganados domésticos. Los muchachos se ejercitaban particularmente en la caza de tórtolas y codornices. Los hombres preferían la de venados, jabalíes, liebres y conejos, pues si á veces mataban tigres, leopardos, lobos y zorras, era más bien por el interés de sus pieles. Hacían la caza con flecha. Tenían la costumbre, cuando cazaban un venado, de cocerlo entero, lo que era motivo de invitaciones á los amigos y de banquetes. Lo cocían por un procedimiento que todavía se usa y que llaman barbacoa. Consiste en hacer un grande hoyo en la tierra, en el cual se pone un fondo de piedras sueltas y lumbre, hasta que las piedras se ven rojas; entonces se coloca sobre ellas una capa de pencas de maguey y encima el venado que va á cocinarse; éste se cubre con otra capa de pencas y después se cierra el hoyo con tierra y se deja así toda la noche. La carne toma de esta manera un cocimiento delicadísimo.

Servíales también la caza para adiestrarse en el manejo del arco y aligerarlos para la guerra; pero para este objeto emprendían especialmente las cacerías generales, á las que convocaban á un pueblo entero ó á varios. Hacían esa caza general rodeando un bosque espeso, y si era tiempo en que la maleza está seca, le pegaban fuego por todas partes, cercándola con sus arcos y flechas en las manos. El fuego obligaba á salir del monte toda la caza terrestre y volátil, y hasta las serpientes y culebras, no escapándose nada de sus flechas. Si algún animal se escapaba herido, como no tenían perros para rastrearlo, esperaban al día siguiente y observaban á lo alto por donde revoloteaban los zopilotes, que son aves como auras que se alimentan de carnes muertas, y eso les servía de guía para encontrar la caza.

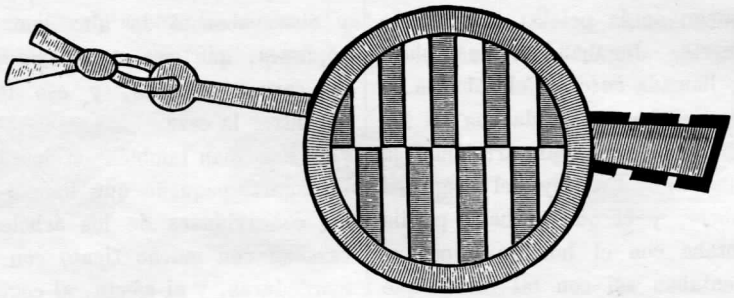
Buscaban también en los bosques para alimentarse un lagarto pequeño que llaman iguana y que se cría en las concavidades de los árboles y en el agua. Las cazaban con mucho tiento con la mano para evitar sus mordeduras, y al efecto, al cogerlas, les rompían luego la quijada. Tomaban también en los bosques colmenas silvestres de unas abejas pequeñas que no hacen cera, pero sí sabrosísima miel. Estos panales, redondos y de dos tercias de alto, los arman las abejas en una rama de árbol de donde quedan colgando. Buscábanlos los indios en la primavera, que es cuando se hallan, y para ello se ponían á esperar cerca de un charco de agua la llegada de las abejitas, y al punto en que se iban las seguían á la carrera y con la vista al vuelo hasta encontrar la colmena. Esto nos da idea de cómo ejercitaban su agilidad y su vista. Tenían además aquellos pueblos otro alimento en el monte en cierta época del año, cuando se producen las tunas: todavía hoy, pueblos enteros, especialmente en el rumbo de San Luis Potosí, dejan en esa época sus casas y quehaceres y se van á *tunear* toda la temporada.

Nos traen las cacerías á tratar de las armas que usaron los nahoas. Por todas las relaciones se viene en conocimiento de que sus armas principales y más usadas fueron el arco y la flecha. Llamaban al arco *tlahuitolli*, y se hacía de madera elástica, con la cuerda de nervios de animales ó de hilo de pelo de ciervo: generalmente tenían de altura cinco piés. La flecha se llamaba *mitl*, el ástil era de madera, principalmente de otate, y en la punta tenía un pedernal, hueso ó espina fuerte de pescado. Llevaban grandes manojos de flechas en su carcaj al hombro, y para no lastimarse la muñeca del brazo izquierdo con la violencia del golpe de la cuerda, se ponían en ella una pulsera de piel, siendo lujo usarla de marta blanca. Eran diestrísimos en el manejo de

esta arma ofensiva, pues desde muy niños les ponían en la mano un arquito pequeño y les enseñaban á tirar pajas por flechas, y cuando eran mayorcitos á flechar lagartijas. De los yaquis se cuenta que puestos en círculo algunos flecheros, arrojaban al aire una mazorca de maíz y no la dejaban caer hasta haberle quitado los granos á flechazos.

Como los mexica no envenenaban sus flechas, se ha creído que tampoco lo usaban los nahoas; pero en todas las relaciones auténticas encontramos lo contrario. Tenían flechas de espina del pez *libiza,* que son enconadas, y generalmente untaban las puntas de todas sus flechas con una hierba tan ponzoñosa que por poco que entrase en el cuerpo, ni había contrahierba que la curase ni remedio para escapar con vida. Componían el veneno para las flechas de varias ponzoñas y del zumo de la hierba llamada *usap* en lengua pima.

Los yutas usaban dos arcos y dos carcajes: con el arco grande disparaban flechas de dos varas y media, mitad carrizo y mitad vara tostada de una madera muy dura que se llama *guecheij,* y con el pequeño lanzaban unas saetas de una tercia de largo, armadas las puntas con espinas de pescado y que eran muy peligrosas, pues antes de que se sintiesen ya tenía el herido clavadas seis ú ocho en la cara ó en la garganta. Tenían además una arma especial, que era un palo, con una costilla de cibolo muy afilada en una punta y en la otra un gancho de asta de venado; aquélla para herir y ésta para apresar al contrario y matarlo con la macana. Los aixes, que trabajaban el



Macana y chimal

oro, no conociendo otro metal hacían de él las puntas de sus flechas y lanzas.

La lanza se llamó en mexica *tepuztopilli;* tenía el asta ocho y diez piés de largo, era de madera fuerte y se armaba en la punta con un pedernal ó un hueso: hemos visto una punta formada del colmillo de una foca. En las flechas y lanzas la punta se afianzaba al palo con nervios ó resinas apropiadas.

Contestes están los documentos en que se usaba en la región del norte la macana: su nombre nahoa es *macuáhuitl,* que significa palo de la mano. Consistía esta arma en un palo fuerte y grueso, como de una vara de largo y cuatro dedos de ancho, que en el extremo tenía una correa para asegurarlo á la muñeca del combatiente. A unas, ya rectas, ya algo curvas, les sacaban filo por ambos lados, endureciéndolos al fuego, pero generalmente en los dos lomos se les ponía á trechos, y de manera que fuesen alternando en ambos lados, trozos de pedernal fijados con goma laca en unas ranuras hechas á propósito. Al pedernal se le daba filo como de navaja y se usaba la macana á manera de espada. Usaron también como macana algunos espinazos de pescado y defensas de peje espada, cuyas puntas laterales parecen haber inspirado la forma de esta arma. Los nahoas usaron la macana con preferencia á la lanza.

No sabemos que los nahoas usaran la maza, *cuauhololli,* la fisga, *topilli,* ni el dardo, *tlacochtli,* pero seguros estamos de que debieron usar la honda, *temátlatl,* por lo primitivo del arma y por haber sido su uso general en los pueblos primitivos.

La principal de las armas defensivas era el escudo ó *chimalli.* Entre los nahoas era pequeño y de cuero de caimán ó cocodrilo, animales que abundan en los ríos de aquella región. Eran tan duros que no los atravesaban las flechas sino cuando el tiro era muy fuerte y muy de cerca. Usaban una especie de armadura que consistía en un sayo de algodón acolchado como de dos dedos de grueso, llamado *ichcahuipilli,* y sobre el cual se ponían pieles para mayor defensa. Para salir á la guerra se embijaban, pues por regla general no usaban pintarse los nahoas; y hacían el embije con un aceite de gusanos revuelto con bermellón ú ollín; se adornaban las cabezas con vistosas plumas, y los jefes llevaban mantas de algodón azules y sembradas de conchas nácar. Llevaban, además, ricos collares, *cozcapétlatl,* grevas, *cozéhuatl,* brazaletes, *matemécatl,* el *yacatetl* de la nariz y orejeras, *nacochtli.* Sus instrumentos militares para dar las señales del combate eran caracoles marinos.

Para comprender la táctica de los nahoas debemos tomar en cuenta su vida agricultora y la forma de sus casas grandes, lo que nos revela que principalmente hacían la guerra defensiva contra las hordas bárbaras y merodeadoras que los atacaban. La casa en la roca era el vigía que anunciaba á grandes distancias la aproximación del enemigo, y era el almacén de víveres y el

último baluarte de defensa. La ciudad tenía el foso y la muralla; cada casa grande, retiradas las escalas, era una fortaleza casi inexpugnable; la casa avanzada en la esquina de algún gran edificio era como castillo. Acostumbraban también, como medio de defensa en tiempo de guerra, sembrar los caminos de púas de madera durísima envenenadas, enterrándolas entre la hierba hasta la punta para herir los piés de los enemigos, que generalmente andaban descalzos.

Dada la señal de la aproximación del enemigo, se guardaban los agricultores en los muros de la ciudad y las castas privilegiadas acudían á la defensa de las casas grandes. La marcha del enemigo, para ocultarse, era por la noche; el ataque era la sorpresa á la madrugada, los albazos, tan usados aún por nuestros guerrilleros. Por los vestigios de las mismas ruinas se ve que el último medio para alcanzar la rendición era el incendio. La lucha en el asalto, atendidas las armas, era cuerpo á cuerpo y sin cuartel; comenzada en los muros de la ciudad, sostenida en los pequeñas casas del pueblo, contenida en el piso-muralla de la casa grande, seguía de piso en piso hasta el último, y por su naturaleza tenía que ser de exterminio.

Pero una sociedad organizada no podía contentarse con la guerra puramente defensiva, que dejaba sus campos á merced del enemigo. Naturalmente, el primer recurso de esos pueblos primitivos fué la emboscada, pero una vez entablado el combate se reducía á la lucha cuerpo á cuerpo. De esos guerreros, dice un cronista que cuando peleaban era tal el movimiento de su cuerpo ya levantándolo, ya encorvándolo, ya mudando de lugar, que no lo daban á que se les hiciera puntería.

Llegaron después á la batalla campal, y aunque casi nada sabemos de aquellos tiempos, se encontró, sin embargo, en una de las tribus la marcha militar organizada. Ésta era en columna cerrada, á cuyo frente y costados iban en hileras las mujeres llevando cada una un *chimalli* de tres haces de cuero, que no había arma que lo atravesase. Arrimados á ellas, en hileras, iban los hombres con sus armas á punto de guerra, y en el centro los viejos y los niños. Encontróse también en esa tribu la formación en batalla, pues si en su marcha descubrían al enemigo, se tendían en media luna para avanzar por el frente y los costados á fin de coger en medio al contrario, y sin detenerse avanzaban disparando sus arcos, mientras las mujeres los iban cubriendo con los *chimalli* hasta envolver al enemigo y acabar con él.

En la guerra procedían los nahoas con un motivo y bajo una idea diferentes de los mexica: éstos, como más adelante veremos, buscaban de preferencia el hacer cautivos que sacrificar á sus dioses; pero los nahoas no tenían costumbre de ofrecer víctimas humanas á deidades sangrientas; para ellos la guerra era el medio de gozar tranquilamente de sus campos y conservarlos, y dada la época esto no podía conseguirse sino destruyendo al enemigo: los nahoas mataban á todos los contrarios que podían.

En la confusión de las costumbres de diversos pueblos y razas á través de tantos siglos, es difícil discernir cuáles fueron las primitivas de cada uno; y, sin embargo, están contestes los misioneros en haber encontrado en la región nahoa la guerra de exterminio y las costumbres horrorosas, hoy sólo propias de las hordas bárbaras de apaches y comanches. En sus albazos, dice un cronista que no perdonaban edad ni sexo, y antes bien á veces hacían blasón y tomaban por nombre en su lengua el que mató mujeres ó niños, el que mató en el monte ó en la sementera, y las celebraban como si fueran grandes esas tales victorias ó fierezas.

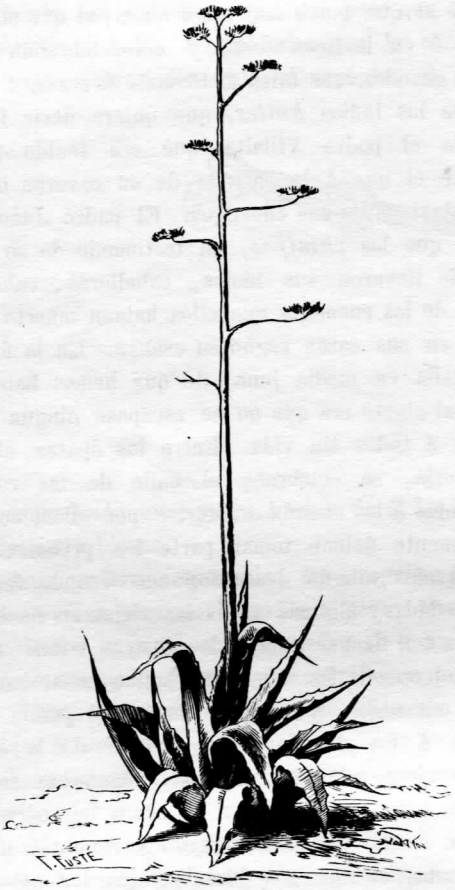
De los indios *huites*, que quiere decir flecheros, escribía el padre Villalta que era tenido por más valiente el que á la entrada de su caverna ostentaba más calaveras de sus enemigos. El padre Juan Castini cuenta que los *chinipas*, en testimonio de su conversión, le llevaron sus ídolos, cabelleras, calaveras y huesos de los enemigos que ellos habían muerto y guardaban en sus casas según su usanza. En la formación de batalla en media luna, de que hemos hablado, el principal objeto era que no se escapase ningún enemigo y dejar á todos sin vida. Entre los ópatas, alcanzada la victoria, se celebraba el baile de las cabelleras arrancadas á los enemigos muertos por ellos, en el que forzosamente debían tomar parte los prisioneros, sin permitírseles ningún descanso, aun cuando fueran de tierna edad, y algunas veces las viejas les hacían quemaduras con tizones encendidos. Otras tribus más salvajes, además de las cabelleras, solían llevar una mano de sus enemigos, y con ella batían el pinole que se repartía á los danzantes en el baile de la victoria. El sentimiento de la venganza ahogaba la sensación del asco.

Por mucho que las antiguas costumbres hubiesen degenerado, siempre se descubre que los nahoas, en defensa de sus vidas y propiedades, hacían una guerra sin cuartel á sus enemigos.

Examinemos ahora la vida pacífica y laboriosa de esa raza y comencemos por lo que formaba su carácter distintivo, la agricultura. No conocemos los procedimientos agrícolas de los nahoas: no usando los metales ni teniendo animales de labranza, debieron ser muy sencillos. A ello se prestaban los magníficos terrenos de su región, en donde puede decirse que la producción es casi espontánea y en donde se levantan dos y tres cosechas de productos fabulosos al año. El beneficio de sus tierras lo hacía el desbordamiento periódico de los ríos. Reducíase, pues, su trabajo á limpiar el campo, enterrar el grano y esperar tranquilos la cosecha para cortarla.

Un misionero jesuita nos dice que los frutos que

recogían los indios de la región nahoa en su antigüedad no eran más que maíz, calabazas y fríjoles ó judías. Pero á eso debemos agregar otros productos agrícolas y comenzaremos por los que les servían para sus tejidos, el algodón y el *ixtli*. Desde los tiempos más remotos se encuentra el cultivo del algodón *ichcatl* en nuestro territorio; hállanse tejidos de él en los túmulos y en las cavernas, y ya hemos visto que los nahoas usaban para sus trajes pieles curtidas y telas de algodón. Podemos, pues, decir, que desde la más remota antigüedad se cultivó aquí, y como no se encuentra en la parte



Maguey

occidental del viejo continente ni huellas de que allí lo haya usado ninguna de las antiguas razas, tenemos que admitir que los nahoas lo encontraron silvestre en el nuestro y que ellos perfeccionaron su producción. En efecto, el algodón se encuentra silvestre en varios lugares de nuestro país. El algodón *ichcatl* es, pues, producción natural de nuestro territorio y uno de los productos agrícolas que desde la mayor antigüedad cultivaron los nahoas. Cosechado el algodón, debieron despepitarlo á mano y cardarlo con púas de maguey ú otros instrumentos muy primitivos, y después lo hilaban sin duda con el *malácatl*, que encontraremos en razas posteriores; y advirtamos que no solamente hilaban el algodón, sino también el pelo de conejo.

La otra planta de que sacaban hilo los nahoas es el maguey *metl*. El nombre maguey no es nahoa; trajéronlo los españoles de las islas en donde se daba á un aloe parecido en la forma al *metl*. Linneo llamó al maguey *agave*, que quiere decir *admirable*. El maguey se compone de hojas gruesas y pulposas que terminan en una espina dura y aguda, las que salen de un tronco central pegadas á tierra á manera de hojas de alcachofa: del medio brota un tallo cuando la planta ha llegado á su madurez, es decir, entre los siete y diez años de vida; este tallo ó asta tiene la figura de un espárrago y alcanza la altura de seis ú ocho varas; en su extremidad produce un manojo de flores amarillas y blancas. A este tallo le llamaban los nahoas *xitli*, que quiere decir ombligo, y hoy se le dice vulgarmente jiote. Al año de su completa sazón perece la planta. Los períodos de duración, el tamaño y los productos del maguey varían según las regiones, y es de notar que llevado el maguey del centro al sur degenera y se produce semejante al de la localidad. El maguey, pues, es de diversas clases y lo encontramos originariamente en todo nuestro territorio, desde la región maya, en que se produce el famoso *henneqen*, hasta la tolteca primitiva, en la actual California, en donde hemos hallado el nombre del pueblo Mexcaltitlán, que quiere decir lugar de *mexcalli*, que es una de las especies del maguey. El maguey de la región nahoa es algo más pequeño que el de la central y sus clases principales son el *mexcálmetl*, el *tepemexcalli*, el *quetzalichtli* y el *metómetl*. El *mexcálmetl* es una especie muy pequeña, espinosa y teñida de un verde oscuro, cuyas hojas se comen asadas y son muy agradables al gusto; el *tepemexcalli* se da en lugares pedregosos y tiene delgadas espinillas por de fuera; el *quetzalichtli*, como lo indica su nombre, produce una fibra ó hilo fino que se teje, crece bastante y sus hojas tienen espinas; el *metómetl* ó lechuguilla raras veces pasa de una vara de alto, produce un líquido blanquecino acre y desabrido y sus fibras son propias para hacer cuerdas. El cultivo del maguey es el más sencillo que pueda imaginarse y el más apropiado para un pueblo primitivo, pues consiste solamente en poner los retoños en almácigos, trasplantarlos cuando han crecido y después removerles periódicamente la tierra, sin que necesiten nada más, ni riego.

Veamos ahora los productos que del maguey sacaban los nahoas y de cuántas maneras lo utilizaban. Debemos advertir que al bajar del norte encontraron los nahoas el maguey en la parte meridional del Chicomoztoc, de manera que lo explotaron en el último período de su civilización.

El uso más importante del maguey era el de las fibras que extraían de las pencas, lo que les producía el *ixtli* ó *pita*. Para obtener ese filamento recogían las pencas ya secas y las echaban en agua á fin de que

se destruyese la parte carnosa y recogían entonces las fibras. Según las clases de maguey, empleaban el filamento grueso, llamado *lechuguilla*, en hacer cordajes, sogas, *cactli*, que eran una especie de sandalias que usaban los indios, *chimalli* ó escudos, hondas é *ixhuipilli* ó sayos de defensa para los guerreros: de la clase fina de filamento tejían mantas y telas para vestirse; de estos filamentos había algunos más finos, y los misioneros mencionan como tales los usados en las telas de la región tolteca.

Cuando acababan de florecer los *xitli* del maguey, les servían de vigas para sus *xacalli* y las pencas ú hojas las empleaban como tejas. Estos techos tenían la ventaja de ser de muy difícil combustión y no estaban expuestos á incendios; pero los desperdicios de las hojas pequeñas sí son perfectamente combustibles y les servían como leña. Las cenizas de las pencas las empleaban de dos maneras: para abonar la tierra y para hacer una excelente lejía, y además una cierta parte de las raíces servía de jabón para lavar la ropa. Como las hojas son acanaladas, las utilizaban en varios usos domésticos, guardando en ellas el maíz molido ú otras sustancias. Más tarde, pues no nos consta que lo hicieran en la época nahoa, de la epidermis de las hojas sacaban un papel blanco, compacto, sedoso y duradero en que pintaban sus jeroglíficos. Igualmente hicieron después sobre estas pencas sus mosaicos de pluma los artífices llamados *amanteca*; finalmente, las púas terminales de las pencas les servían de alfileres y agujas para coser.

Empleaban también los diversos zumos de los magueyes para curar las enfermedades, y el doctor Hernández, enviado por Felipe II á México hacia el año de 1570 con el objeto de que estudiase nuestra historia natural, nos da cuenta de que con el *tepemexcalli* se curaba la falta de movimiento de los miembros; con el *tlacámetl* se volvía la fuerza á las mujeres débiles, y con el *xolómetl* se quitaban los dolores del cuerpo, especialmente los de las articulaciones.

Los nahoas no sacaban del maguey el conocidísimo licor llamado pulque; pero era, sin embargo, entre ellos un elemento precioso como alimento y bebida. Las pencas del *mexcal* les servían de sustento y regalo, y aun hoy es alimento muy agradable en aquella región. Cuando están de tiempo las cortan con el tronco y las meten en un hoyo hecho en la tierra, en donde han puesto fuego, las cubren con ramas y encima tierra, y así ablandadas las pencas á fuego lento son sabrosísimo y muy dulce manjar.

De esta misma planta sacaban el vino, hoy muy estimado, llamado *mexcal*. Entonces el procedimiento era sencillísimo, pues se reducía á machacar las pencas y echarlas en vasijas de agua hasta que se producía la fermentación y se formaba el licor.

Si á todo esto agregamos que los magueyes les servían para cercas de sus casas y para cercados de sus sementeras, comprenderemos toda la utilidad de esa planta y con cuánta razón Linneo la llamó *agave* ó *admirable*.

Siguiendo en el estudio de los productos alimenticios de la agricultura encontramos como principal el maíz. Generalmente se dice que el maíz fué importado del Ásia; pero si se reflexiona que en la llanura central de ésta se cultivó el trigo desde época muy remota, y que, sin embargo, no fué conocido en nuestro continente, y que, por el contrario, el maíz no era cultivado en Europa, á pesar de las contínuas inmigraciones asiáticas que recibía, hay que suponer que los nahoas encontraron aquí el maíz como producto natural de este suelo. Llamaban al maíz en mazorca *centli*, al grano *tlayolli*, al maíz blanco *iztactlaolli*, al negro *yáhuitl*, al amarillo *cuztictlaulli*, al colorado *xiuhtoctlulli*, al pintado *xuchicentlaulli*, al leonado *cuappachcentlaulli*, y al que se producía en cincuenta días *tépitl*. En la región nahoa el producto del *centli* era violento y muy abundante, por lo que constituía uno de los principales alimentos. Ya hemos dicho que molido y en polvo formaba el *pinolli:* para esto se mezclaba con la miel sacada de la misma caña del maíz. Preparado así dura mucho y era utilísimo para las expediciones guerreras, ya como alimento, ya como refrescante mezclado con agua. No sabemos si los nahoas hacían pan de maíz; pero es posible, pues se han encontrado hornos en las ruinas.

Además del maíz sembraban calabazas de varios géneros, y de algunas de ellas hacían tasajos que, secos al sol, les duraban largo tiempo. Sembraban también diversas clases de fríjoles que servían de muy principal sustento para la raza.

Dos frutos silvestres eran para ellos alimento y regalo, las vainas de los mesquites y las pitahayas. Comían las semillas de los primeros y molidas las bebían en agua. La pitahaya es uno de los árboles más bellos y de forma más artística que puedan verse; crece derecho el tronco y de su alto salen horizontales sus ramas de forma semejante al acanto; son de un verde pronunciado y de ellas brota el fruto, que tiene una corteza con espinas como la tuna. Su médula es muy delicada, se asemeja mucho á la del higo y es blanca, colorada ó amarilla; se da en tal abundancia, que la mayor parte del año se sustentan muchas gentes con pitahayas.

En cuanto á sus bebidas, ya hemos visto que los nahoas hacían vino del *mexcal*, y lo sacaban también de estas pitahayas, de las tunas ó *nochtli*, de las semillas del mesquite y del maíz; pero la más fuerte se hacía de sauco y duraba varios días. Todos los pueblos indígenas eran dados á la embriaguez, y sin duda por eso encontramos desde la región nahoa la prohibición para los jóvenes y las mujeres de tomar parte en las

que pudiéramos llamar fiestas del vino. Celebrábanse éstas cuando se hacía el licor, especialmente en la

Pipa ó boquilla

cosecha de la pitahaya, convidando á todos los del pueblo y aun de los pueblos vecinos, y en ella gastaban noches y días. Era costumbre en ellas que los ancianos tomasen la palabra para recitar las hazañas de sus mayores, y mezclaban estas fiestas con danzas y con cantos muy tristes y melancólicos.

Sobre lo que no sabemos nada es sobre el cultivo del tabaco. No hay duda de que los nahoas lo usaban, como ya hemos visto: todavía se cosecha de clase muy fina en las costas de Tepic, y en las ruinas se ha encontrado una como pipa de barro que creemos más bien boquilla; pues los pueblos de raza nahoa usaban el tabaco arrollando una hoja seca y metiéndola en un tubo de caña con que lo fumaban.

Uníanse el licor y el tabaco en las grandes fiestas que los nahoas celebraban, cuando se preparaban para la guerra ó cuando habían alcanzado alguna victoria; juntándose á la embriaguez baile general á son de grandes tambores que sonaban y se oían á una legua, en el cual tomaban parte las mujeres. En estas fiestas se hacían también los célebres brindis de tabaco, y cuando

Alfarería nahoa

algún pueblo invitaba á otro á hacer liga para alguna guerra, le enviaba cierta cantidad de cañas embutidas de tabaco, y el admitir el presente era darse por coligado para la guerra.

Pasando ahora á la industria diremos que los nahoas sobresalieron en la alfarería. Por donde quiera, en grande espacio de las ruinas, se encuentran tiestos de primorosos trastos, y en ellas se hallan también restos de los hornos que les servían para cocerlos. Distingue á la alfarería nahoa la elegancia y sencillez de la forma, ya de jarras ú ollas, con una ó dos asas, así como lo fino del barro y del esmalte y la viveza de los colores, que eran generalmente rojo, azul, negro y amarillo; pero en lo que sobresale y lo que es muy característico de la alfarería nahoa, son sus dibujos de grecas sumamente originales y con todas las combinaciones posibles. Llama la atención que en muy raros vasos se han encontrado dibujos de animales; apenas una rana en el cuello de uno y un pájaro en otro.

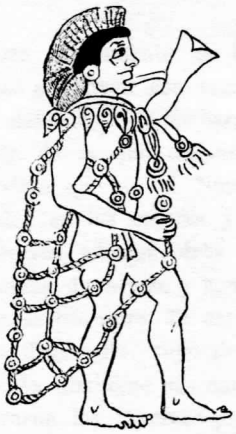
Los trabajos en piedra son generalmente de piedra sin pulir, y hemos visto que aun en la arquitectura se usó poco ese material; solamente en la región tolteca había ídolos y vasos de piedra pulida. Si á esto agregamos que los nahoas no usaron el cobre en la región del Chicomoztoc, tendremos que sacar como consecuencia precisa que su inmigración fué muy antigua, de la edad de la piedra sin pulir, y por lo mismo muy anterior á la del bronce.

Fueron los nahoas atrasados en la carpintería: no hicieron dinteles, puertas ni muebles de madera; sus

flechas eran de otates que simplemente cortaban; y se reducía su ciencia á tallar sus arcos, cortar leña, cuadrar las vigas de sus techos y labrar vasijas de madera dura de las que las más finas las hacían las mujeres; para esto les bastaban sus hachas y cuchillos de pedernal sin pulir.

Puede decirse que no conocieron la minería; desde luego no usaron ni extrajeron la plata, pues los misioneros dicen que no la estimaban, y no tenían en su idioma vocablo propio para nombrarla, pues la llamaban *iztateocuitla* ó sea oro blanco; sí sabemos que conocían y usaban el oro que en aquella región se encuentra en abundantes placeres. Conocían también el azogue, pero no lo explotaban; no así con el bermellón que les servía para embijarse.

En cuanto al comercio, como no tenían moneda ni objeto determinado que sirviera de unidad de cambio, debió reducirse á permutas de los objetos que necesitaban los permutantes. El comercio se hacía principal-



Pescador

mente con los pueblos pescadores de la costa. Tenían los nahoas también como alimento los peces, ánades y patos de sus ríos; pero á más las tribus marítimas iban á comerciar á sus ciudades con las variadas y ricas clases de pescado que hay en el Pacífico, así como con las almejas, ostiones y diversos mariscos que en aquellas costas se cogen.

Es curioso saber la manera conque cargaban los objetos para transportarlos, por ser muy distinta de la usada por los otros indios. No teniendo nuestros pueblos antiguos bestias de carga de ninguna clase, los mismos hombres tenían que hacer este penoso trabajo, lo que sin duda fué parte muy principal para que en la clase baja no se desarrollase la inteligencia. Tan sólo en un pueblo al norte del Chicomoztoc, los yutas, encontramos perros de carga, y es de comprender que no aliviarían mucho el trabajo de los hombres. Los nahoas hacían la carga al hombro desnudo, atravesando en él un palo de madera lisa y muy fuerte, y cargando á la punta dos redes largas á modo de balanzas, donde llevaban dos hanegas de maíz, y si era menester, dos hijuelos como si fuera en jaula; carga á veces tan pesada que hace blandear el palo por fuerte que sea. Con esa carga caminaba el indio tres y cuatro leguas, y el peso hacía que el palo en que cargaba le formase en el hombro un gruesísimo callo.

Los pueblos marítimos vivían, como es natural, de la pesca, y de ella hacían su comercio habitual con las ciudades, así como de conchas y caracoles para collares y adornos, especialmente de las famosas conchas azules de abulón del mar Bermejo. Pescábase ahí la concha nácar, y sabemos que la usaban; es la concha de la perla, y todavía aquel golfo rinde riquísimos productos; sin embargo, no sabemos que los nahoas usaran ni apreciaran las perlas.

Hacían la pesca con redes, unas veces en alta mar y otras en esteros, y formaban sus redes de *ixtli* de maguey. A veces mataban el pescado, en los lugares de poca agua, con fisgas ó á flechazos. En aquellas costas abundan las salinas, y los pueblos marítimos explotaban la sal. Unas veces tomaban la que el agua deposita en las crecientes ó en las mareas; y cuando ésta faltaba, extraían de las marismas una sal piedra que en ellas se cría. Como ésta es tan dura, necesitaban bucearla arrancando los trozos á golpe de hacha. De la sal hacían grandes panes, y los iban á cambiar en las ciudades por mantas y otros objetos de que carecían.

Los pueblos marítimos vivían pobremente en cabañas de ramas ó petates, y no ejercían la agricultura ni la industria. Rendían culto al mar, pues le llevaban algún presente que dejaban colgado de un árbol siempre que iban á sacar pescado ó sal.

Estos pueblos conocían la navegación: no solamente la usaban costeando ó para hacer sus pesquerías, sino que los *tepoca*, tocando en las islas intermedias, atrave-

Canoa

saban el mar Bermejo de una á otra costa. Fabricaban lanchas ó canoas y las cosas necesarias para ellas: las hacían de dos proas, de treinta y seis á cuarenta palmos de largo y lo correspondiente de ancho: todas de más de doce piezas, pero tan perfectamente unidas y embreadas que no les entraba el agua: las hacían tan livianas que entre dos hombres las cargaban con poco trabajo.